

Carlos Peña
(Compilador)

LAS CIENCIAS SOCIALES: MÚLTIPLES ENFOQUES

Tomo I



LAS CIENCIAS SOCIALES: MÚLTIPLES ENFOQUES

Tomo I

**Carlos Peña
(Compilador)**

Las Ciencias Sociales. Múltiples Enfoques/; compilador Carlos Peña. Ciudad Universitaria de Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales “Dr. Rodolfo Quintero” 2018

Libro Digital PDF

Archivo Digital: descargable y online

ISBN 978-980-00-2894-0

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Rectora Cecilia García Arocha

Vicerrector Académico Nicolás Bianco

Vicerrector Administrativo Bernardo Méndez

Secretario Amalio Belmonte

FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y SOCIALES

Decana (e) Adelaida Struck

Coordinador Académico Francisco Javier Fernández

Coordinadora de Extensión Sandra Pinto

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS Y SOCIALES “Dr. RODOLFO QUINTERO”

Director (e) Carlos Peña

Producción: Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales
“Dr. Rodolfo Quintero”

Diseño de Portada: Andrés Eduardo García

Diagramación y Montaje: Carmen Beatriz Salazar

Primera Edición es español

Las Ciencias Sociales. Múltiples Enfoques

Abril 2018

ISBN: 978-980-00-2894-0

Depósito Legal DC2018000017

©Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales

“Dr. Rodolfo Quintero”

Queda hecho el Depósito Legal

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los artículos incluidos en este libro incumbe exclusivamente a los autores firmantes

DE LA MONTAÑA NATURAL A LA MONTAÑA HUMANIZADA: ESTUDIO ANTROPOLÓGICO DE LA RELACIÓN ENTRE LA CIUDAD DE CARACAS Y EL ÁVILA

Manuel V. D'Hers Del Pozo*

INTRODUCCIÓN

Podríamos decir que pocas ciudades en el mundo encuentran en su horizonte un contraste entre la naturaleza y el espacio urbano, como la que presenta Caracas. Lo que sí resulta común, es que las grandes ciudades sean representadas por sus grandes edificios y su arquitectura emblemática. Por ejemplo, la ciudad de Londres ciertamente tiene un ícono natural que lo atraviesa, conocido como el río Támesis, no obstante, es el Big Ben la imagen más común cuando se le busca representar. Exactamente pasa lo mismo con París: el Sena es un elemento fundamental dentro de la ciudad, pero es la Torre Eiffel su innegable símbolo. Por ésto, es preciso reconocer que son muy pocas las ciudades como Caracas, donde un elemento de la naturaleza le roba el protagonismo al *skyline* del espacio construido y se convierte en símbolo que juega un papel importante en las construcciones de las identidades territoriales. Este escenario ocurre en Caracas, gracias a la presencia de la montaña El Ávila -oficialmente llamada Waraira Repano- ubicada en su límite norte.

La silueta de sus laderas la encontramos en muchísimos ámbitos de nuestra vida cotidiana. Su presencia física e imaginaria siempre está latente: cuando salimos al trabajo, cuando transitamos la calle, cuando nos asomamos por un balcón; pero también se encuentra plas-

* Antropólogo e Investigador Universidad Central de Venezuela

mada gráficamente en logotipos institucionales de municipalidades, de iniciativas de activismo ciudadano, de fundaciones avocadas a la ciudad, en afiches publicitarios de eventos culturales. Es decir, que el alcance representativo de su imagen, es suficiente para entender a la montaña como un símbolo para la ciudad, ya que tal figura excede en significado lo que materialmente es. Pero dicho panorama, nos obliga a preguntarnos, por qué razones esto ocurre. ¿Qué es lo que el caraqueño piensa de su ciudad, qué lo motiva a sentirse identificado con el espacio que habita? Y por otro lado ¿Qué es lo que el caraqueño piensa del Ávila, que significa su presencia en el paisaje de la ciudad en que habita? A raíz de dichas interrogantes queremos comprender los imaginarios sobre la aparente separación, que socialmente construyen los entrevistados, en la relación Montaña/Ciudad; El Ávila/Caracas, como expresión del conocido debate epistemológico Naturaleza/Cultura y sus implicaciones en la comprensión del paisaje como un dispositivo fundamental en la producción de una identidad territorial. Para ello, ahondaremos en uno de los seis objetivos resultantes de un trabajo final de grado para optar al título de Antropólogo. La metodología empleada en la investigación será de corte etnográfica, basándonos fundamentalmente en la herramienta de las entrevistas aplicadas a 12 informantes claves, sobre las cuales reflexionamos e interpretamos las narraciones y discursos, con el fin de llevar a cabo un estudio antropológico sobre la relación que los moradores de la ciudad de Caracas han establecido con un singular elemento de la naturaleza y que participa activamente en el imaginario del paisaje, que produce identidad, que genera afecto, como un fenómeno cultural que destaca, que se hace notar, ya sea por su gran volumen y monumentalidad, como también por su omnipresencia histórica en el crecimiento de la urbe.

IMAGINARIOS DE LA NATURALEZA

El mundo natural o lo concerniente a la naturaleza, siempre se ha sido definido desde las corrientes hegemónicas del conocimiento como aquello que preexiste. Las ciencias “duras”, han desarrollado un com-

plejo discurso de la naturaleza, como algo “objetivo”, de hecho, si buscamos en la Enciclopedia Hispánica (1995) su definición, encontraremos que es: “... el conjunto de los seres naturales, es decir, no originados por la mano del hombre y, por tanto lo natural se opone en primer término a lo artificial, elaborado y creado por el ser humano” (p. 322). Conforme al geógrafo colombiano Jorge Blanco (2010), implica también que su “...funcionamiento es exclusivamente basado en las dinámicas de las leyes y los procesos puramente naturales” (p. 50). Así la naturaleza se muestra como lo puro, lo virginal, lo que se manifiesta inevitablemente por su principio involuntario. La naturaleza no produce, simplemente crea y crea en tanto a su espontaneidad. Lo que ésta proporciona, es únicamente porque surge y aparece. “Un árbol, una flor, un fruto no son en modo alguno «productos», ni siquiera en un jardín. La rosa no tiene por qué, florece porque florece. «No le preocupa ser vista»” (Lefebvre, 2013, p. 127). Lo natural entonces, parece ser un estado de origen de la existencia y por lo tanto de la preexistencia de lo humano y de lo social. En este orden de ideas, el espacio natural no corresponde al de una representación. La elaboración del discurso científico de la naturaleza ha sido normalizado en nuestra cultura occidental como parte de una racionalidad generalizada, que en palabras de Foucault (1968) resulta ser una especie de *a priori* (histórico) que otorga legitimidad a cualquier argumento, convirtiéndose en una suerte de bandera de lo empírico, es decir, de las leyes universales, de lo irrefutable. A este concepto de naturaleza, lo definiremos como *naturaleza natural* como categoría que hemos construido en función de nuestro trabajo. Sin embargo, desde el conocimiento antropológico debemos entender que la idea de naturaleza puede variar ampliamente según el locutor y la realidad cultural desde la cual éste enuncia su concepto.

Así pues, queremos proponer otro concepto diferente. Partiendo lo que nos dice Henry Lefebvre (2013) cuando explica que el espacio es un “producto social” y que, por lo tanto el espacio sólo existe al momento en que el ser humano tiene contacto, lo habita y lo transforma. Lo que quiere decir que el espacio existe, en tanto que

culturalmente se descubre. Lo mismo podemos deducir nosotros del espacio natural. Este es nuestro ejercicio de entender a la naturaleza como una abstracción, como una consecuencia lógica de lo que Berger y Luckman (2001) definen como “producción social de la realidad”. ¿Si la realidad es socialmente construida, no tendría sentido que asumamos que la naturaleza es parte constitutiva de esa realidad y por lo tanto un producto cultural? La naturaleza tal y como es aprehendida sensitivamente por el ser humano, al momento de su contacto y posteriormente a su modificación, es socialmente concebida. Cuando se manifiesta un contacto entre el sujeto social y el entorno, dicho medio físico presenta ciertas características propias del mundo de la *naturaleza natural*, no obstante, las capacidades del hombre y la mujer de dotar de significado a las cosas, convierte a lo visto en un espacio semiotizado, por consecuencia, lo visto deja de ser un medio externo preexistente, debido que lo que ahora se ve, resulta ser lo que se piensa de él. De igual manera, la naturaleza para nosotros deja de ser aquella definición mecánica, sino el resultado simbólico de lo que se piensa de ella. En este sentido, aquí la relación del hombre y la mujer con la naturaleza está condicionada por un sistema o lógica que responde al orden cultural, por tanto, transita a ser un concepto subjetivo. La naturaleza aquí se convierte en un “espacio socialmente producido”. A esto queremos llamar *naturaleza humanizada o semiotizada*, porque aquí la tierra, el árbol, la montaña, la piedra, la quebrada o el río, son socializados. “La naturaleza nunca se nos ofrece cruda y completamente desprovista de sentidos” (Blanco, 2010, p. 53). A pesar de la inmediatez que siempre evoca, siempre estará mediada y definida por la cultura de los ojos de quien la observe, de las manos que la transforme así como también por su historia.

La idea de fondo que aquí quisimos desarrollar, son bien conocidas en la geografía humana. Milton Santos (2000), Yi-Fu Tuan (2007), Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (2012), son varios autores que ampliamente han hablado sobre el tema desde distintos focos, ya sea desde conceptos como el paisaje, desde los imaginarios o la topofilia. Sus aportes nos permiten entender cómo la *naturaleza natural* en tanto a la

cosmovisión que se la ha apropiado y la relación que hemos elaborado, se han transformado en una *naturaleza humanizada y semiotizada*. Es un proceso de resignificación y por tanto, un proceso cultural que nosotros decidimos abordar operativamente desde los imaginarios del paisaje.

El paisaje es una imagen sinóptica, un rango visual de lo perceptible y de lo que la mirada abarca, así como también es una conglomeración de los significados que los seres humanos le otorga al espacio observado, así pues, es tanto la dimensión material de un territorio como el significado simbólico que evoca. El paisaje hasta cierto punto llega a ser una extensión del hogar producto del afecto y del arraigo puesto que es el rostro visible del espacio habitado, es la idealización de lo observable con utilidad operativa en la conformación de una identidad territorial en la cual se encuentra enmarcado. Los imaginarios por su parte, son el resultado del encuentro entre la cosa (el paisaje) y la construcción colectiva de cómo se piensa y qué se dice de ella (la cultura), que comprende un aspecto representativo de lo real, ya sea desde la imagen visual (iconográfica) o desde la imagen oral (lingüística) que lo involucra con el sujeto en un aspecto emocional. De este modo, se articulan múltiples cosas: lo material que condiciona al sujeto, reproduciendo imágenes; como también lo verbal ya sea desde relatos, discursos o mitos que dotan de fantasmagoría al conjunto. Jean Jacques Wunenburger (2008) propone dos tipos de imaginarios del paisaje dependientes al tipo de imaginación subyacentes, el “imaginario reproductor” dando lugar a lo materialmente visto y la memoria espacial y los “imaginarios fantasmagóricos” aquello que evoca las fantasías. Estas dos expresiones de lo imaginario, cumple una centralidad significativa: da cuenta de la capacidad del ser humano de dotar de valor simbólico a las cosas. Los imaginarios están ligados a la capacidad de los sujetos y del colectivo de llevar a cabo una unión inseparable entre lo ontológico y lo epistemológico; lo visto con lo percibido; la *naturaleza natural* con la *naturaleza humanizada*.

ENTRE IMÁGENES Y DISCURSOS: UNA METODOLOGÍA PARA EL ESTUDIO DE LOS IMAGINARIOS

Con pretensiones de ser precisos, debemos expresar que nuestro trabajo es de carácter exploratorio, por lo tanto, los resultados obtenidos serán inevitablemente una visión aproximada. La investigación será hecha desde un corte cualitativo, puesto que trataremos de interpretar las narraciones y discursos de 12 informantes claves, sobre un elemento de la naturaleza específico, que tiene implicaciones en sus comportamientos, sentimientos y construcción simbólica de su realidad, enmarcados en el marco teórico propia de la antropología social. Para ello, nuestra principal herramienta será la entrevista que nos permitirá ser capaces de obtener una versión de primera mano sobre la construcción de representaciones e imaginarios. Entonces, con la finalidad de obtener toda esta información, a partir de la comunicación verbal con los informantes, nos conviene que las entrevistas tengan las siguientes principales características: contaremos con un guion de entrevista estandarizado, compuesto de preguntas abiertas. Así mismo, las 12 entrevistas serán previamente pautadas con los entrevistados.

Como anteriormente mencionamos, fueron 12 entrevistas correspondientes a los informantes claves elegidos, según dos claras y simples condiciones. Principalmente, que fueran actuales habitantes de la Zona Metropolitana de Caracas (es decir, habitantes de las municipalidades: Sucre, Chacao, Baruta, El Hatillo y Libertador), y finalmente, que fueran individuos con edades comprendidas entre 20 y 80 años. A lo largo del trabajo, haremos referencia a sus aportes, identificándolos con el código: E.1; E.2... y así corresponderá con los 12 sujetos. La selección de los mismos, según dichas características, fue aleatoria, partiendo con un grupo reducidos de personas, que luego nos permitieron establecer contactos con otros posibles interesados. Esta técnica es denominada por los investigadores Taylor y Bogdan (1994) como “bola de nieve: conocer a algunos informantes y lograr que ellos nos presenten a otros” (p. 109).

Finalmente, ya para hacer referencia a la interpretación y presentación de los datos, lejos de llevar a cabo un análisis cuantitativo, buscaremos apoyarnos en esquemas que contabilicen aquella información que se encuentre repetidas en los relatos de los informantes. Esta estrategia nos ayuda a reconocer y enfocarnos en aquello que sea una constante y en aquello que sean excepciones a lo observado, acompañado con sus respectivos análisis, ejemplificados con citas de los mismos entrevistados.

LA CIUDAD Y SU NATURALEZA

Exploremos pues, los imaginarios que el caraqueño entrevistado construye discursivamente sobre la ciudad, sus características, sus elementos constitutivos, sus placeres, sus horrores, sus íconos y sus identidades; pero también con respecto a la montaña que la rodea y que se encuentra acompañado de adjetivos calificativos de gran valor antropológico, su encanto, su misterio y sus usos.

Los informantes de entrada, fueron precisos al expresar que se sentían identificados con su ciudad. En términos generales, mostraron una idea positiva de la misma, destacan sentirse caraqueños aun cuando el gentilicio es una decisión completamente voluntaria para cada individuo. Sin embargo, al avanzar en las respectivas entrevistas, se iban dilucidando otros panoramas que indicaban otras opiniones más complejas. Se le preguntaron a los entrevistados con qué cualidades definirían a la ciudad de Caracas y ante la imposibilidad de definir una sola, surgieron 22 características que fueron repetidas en varias oportunidades por varios informantes, donde podemos destacar la presencia de cualidades que buscan reconocer a Caracas como *caótica*, también se destacan las cualidades que buscan reivindicar su espacio natural gracias a su *naturaleza* y su *verdor* y finalmente otras cualidades menos protagónicas que reconocen su *diversidad* y su *vitalidad*.

Encontramos aquí una gran contradicción, al ver cómo se juxtaponen tres aristas excluyentes entre sí. Nosotros en función de hacer operativas dichas cualidades, las cuales fueron contabilizadas, buscamos

agruparlas en tres indicadores que nos permitan entender con mayor claridad lo que éstas nos dan luces. Hay un primer grupo, que agrupa las cualidades que indican el carácter positivo de la ciudad, dadas por las condiciones del escenario natural, donde se destacan: su *verdor*, su *clima*, su *paisaje* y *El Ávila*; este primer grupo tiene las cualidades más repetidas por los 12 entrevistados sumando en total, 41 repeticiones en total. En el segundo grupo nos encontramos con las cualidades que reflejan el carácter negativo de la ciudad, dadas por las condiciones intrínsecas de la urbe, donde surgen cualidades como: *caótica*, *bipolar*, *violenta* e *insegura*, con un total de 40 repeticiones por parte de los informantes. Y finalmente, el tercer grupo que ilustra las cualidades positivas, motivadas por las condiciones intrínsecas de la urbe, como su *vitalidad*, *dinámica*, *trabajadora* y su *jovial*, con unas repeticiones de apenas 19 veces.

Dicho esto, la imagen positiva de la ciudad en los imaginarios de los informantes radica principal y protagónicamente en la imagen que otorga su paisaje. Sólo a través de éste, es que Caracas se hace accesible, se disfruta y se valora. Mientras que el imaginario de la ciudad desde la experiencia, vivida desde el interior, cambia sustancialmente a una lúgubre visión negativa. Caracas hoy, es percibida desde el caos, la violencia, la inseguridad, el desorden. Esto es, lógicamente, una visión atravesada por la realidad actual donde la profunda crisis política, social y económica invade las prácticas y sus usos, que no es otra cosa que el resultado de lo que sus moradores han hecho de su ciudad. Mientras que, si algo puede robarle el protagonismo a la personalidad que tiene Caracas en los imaginarios de los ciudadanos entrevistados, es su contexto geográfico y topográfico. El caraqueño así, encuentra en la naturaleza natural de la ciudad, la cualidad más admirable, mientras que rechaza el espacio construido y la realidad social que lo acompaña. La identidad que el entrevistado construye en relación a la ciudad que habita, se encuentra profundamente atravesada por la admiración de su paisaje, de su clima y de su montaña El Ávila.

LA NATURALEZA Y SU CIUDAD

Nos preocuparemos ahora, por escarbar entre las ramas de estas construcciones sociales y culturales del entramado vegetativo que presenta el Ávila en las mentes de sus admiradores y nos aproximamos a los imaginarios que los entrevistados desarrollan en la separación Montaña/Ciudad, como una parte de un breve estudio de caso, que apunte a una reflexión más general hacia lo que en la antropología conocemos como la discusión Naturaleza/Cultura. Para corresponder con lo hecho anteriormente en la exposición de las características asignadas a la ciudad de Caracas, lo mismo haremos con la montaña el Ávila, para así tener una referencia de cuántos adjetivos calificativos se le otorgaron y hacer una lectura de los mismos.

Con un total de 19 cualidades con las que se describieron a la montaña, podríamos destacar, principalmente a sus primeras 3 más repetidas en las respuestas de los informantes. En primer lugar, encontramos que las cualidades más repetidas hacen referencia a la sensación de *seguridad* y *protección* que la montaña inspira, con 9 repeticiones. Seguido de su *majestuosidad*, con 8 repeticiones y finalmente, 6 entrevistados nos hablaron del *escape*, del *refugio* y *tranquilidad* que representa el cerro.

Es destacable el hecho de que en ningún momento la montaña fue reflejada desde una cualidad negativa, caso opuesto al de la ciudad. Inclusive, en algunas ocasiones varios de los entrevistados hicieron referencia explícita de la belleza del cerro y de la admiración que ésta impone, por lo que compartiremos lo que el informante E.12 nos dice: "...la montaña no depende de la gente, o sea, la montaña es bella en sí misma..." (2016). Esto nos da testimonio de la idea preconcebida de una *naturaleza natural*, capaz de preexistir y de una belleza independiente, que no es producto alguno de nuestro paso por el mundo. El Ávila es hermoso porque simplemente lo es y su encanto no depende de la ciudad, no obstante, es momento de reflexionar sobre esa supuesta autonomía. Ciertamente el Ávila no depende de Caracas para existir, pero no ocurre lo mismo con nuestra construcción imaginaria del cerro, en el sentido de que la gran mayoría de las cualidades a la montaña son cla-

ros referentes contruidos en su contraste con la ciudad. Es decir, justo así como la ciudad y su esencia no puede ser concebida sin la montaña, la montaña y nuestras opiniones de la misma, no puede ser concebida sin la ciudad, de otro modo, ¿qué significa que la montaña sea *protectora*, *refugio* y fuente de *tranquilidad*, para nuestros informantes? ¿No son estos referentes elaborados en relación a la dinámica con Caracas? ¿A quién protege la montaña si no es a la ciudad, a quién le sirve de refugio si no es a los caraqueños, a quién le proporciona tranquilidad si no es al caos de la urbe?

Es que yo pienso que... son un solo ente, son como unas gemelas... no idénticas, son como unas mellizas, una contiene a la otra. Se contienen ambas, porque Caracas nadie la pinta sin el Ávila... [Risas] o sin el Waraira Repano. Y tú puedes pintar las Torres de Parque Central, pero tienes que ponerle atrás el Ávila. Es que es su norte. Es como la base de la pintura, del lienzo. Cuando uno hace el bosquejo, tienes que ponerlo allá atrás (E.3, 2016).

La relación entre la montaña y la ciudad resurge como una construcción dialéctica. Son elementos aparentemente inseparables y compenetrados, no puede existir la valoración positiva de uno, sin la valoración negativa del otro, o mejor dicho: no se podría concebir la hipervaloración positiva de la montaña, sin una ciudad próxima que la construya simbólicamente, así como tampoco se puede concebir la hipervaloración negativa de la ciudad, sin el contraste de la montaña que la deslegitime. Este es el principio a su vez, de la visibilización de unas significaciones y polarizaciones de lo bueno y lo malo, de lo sagrado y lo profano que brevemente observaremos.

MONTAÑA SAGRADA, CIUDAD PROFANA

En los dos puntos anteriores, se definieron según los entrevistados, los imaginarios de la ciudad y de la montaña, arrojando cualidades, carac-

terísticas e imágenes que se tienen de las mismas, donde podemos dar inicio de una interpretación del reconocimiento negativo de la ciudad señalada desde el caos y el reconocimiento positivo de la montaña imaginada como el escape y protección que necesitamos. Hay aquí una contraposición de lo sagrado y lo profano, hay una idealización y un rechazo. Pero antes de continuar, primero observemos dos participaciones de nuestros informantes:

... si me pongo un poquito más a examinarlo, es como estar atrapados en un hueco. Es como un huequito ahí sobrepoblado y la montaña es como el método de escape que da hacia arriba, porque como estamos en un hueco, estamos en la fosa y bueno, matémonos en la fosa y subamos a la montaña a estar feliz [Risas] (E.4, 2016).

Lo que pasa es que yo siento que el Ávila está ahí y es imponente. Aun cuando siento que a veces hay como una separación. Aquí abajo somos esta mierda... [Risas] y arriba somos esto tan elevado y a veces esas dos cosas no se encuentran pues (E.12, 2016).

Estos ejemplos discursivos ilustrativos y expresivos, nos sitúan en una separación que debemos considerar. La montaña y la ciudad se escinden, se muestran como pares opuestos, así se plasman en sus narraciones y en sus imaginarios. Hay incluso en la realidad, una coincidencia de referencias valorativas como lo elevado y lo de abajo, que también se hace presente en la relación cardinal del norte y del sur que presenta la ciudad con la montaña y que da cuenta de una simbología de aquello que se estima y se desestima. La montaña resulta sagrada por sus propiedades naturales intrínsecas y por la idea que hemos elaborado de ella, mientras que la ciudad del reencarna de algún modo inconsciente lo negativo, lo profano.

CONCLUSIÓN

La cultura puede ser entendida como el entretrejo de lo que significan las acciones y las interpretaciones de los sujetos que componen una sociedad. Y ese entramado define prácticamente todos los ámbitos de la existencia del ser humano, aquí rescatamos algunos: nuestras interpretaciones de las cosas y de la realidad, nuestra relación con el entorno. Es decir, la semiotización de todos los elementos que componen nuestra realidad. Por lo tanto, los elementos de la ciudad con la que se tienen contacto cotidianamente, se les semiotiza, se les dota de sentido cultural como el producto dialéctico, individual y social de lo que presenta la realidad. Entonces, esta *montaña natural* de la que hablamos, como un ente, se queda desprovista de sus cualidades objetivas para ser entendidas (por el investigador en su ejercicio de abstracción) como una *montaña humanizada* como devenir del mirar y del pensar dicho elemento históricamente simbolizado.

Pero, luego de todo esto que hemos dicho, tanto de los imaginarios de la ciudad como de la montaña, que deviene en una lectura de lo sagrado y lo profano, se podrá pensar ¿no son estas separaciones afirmaciones y argumentos para validar la propuesta estructural de naturaleza/cultura?

La presencia de estos modelos binarios (Ávila/Caracas; Montaña/Ciudad; Naturaleza/Cultura) no sólo están presentes en las construcciones académicas y que aquí cuestionamos, sino también en los procesos de racionalización de los ciudadanos como los que hemos entrevistado, manifestándose claramente como una lógica hegemónica para comprender de este modo sus realidades. No obstante, cuando el entrevistado efectúa estos pares opuestos, debemos nosotros asumirlos como el imaginario construido de su mundo experimentado, es decir, como una clasificación que por entrada asumimos como el producto de una construcción cultural. No podemos negar ver al Ávila, como naturaleza apropiada tanto física, como idealmente. Física, porque tiene sus claras utilidades dentro de la dinámica del urbanita que hace vida en Caracas. Idealmente, porque se ha asumido como un símbolo y sobre

el cual se ha tejido afectos particulares. Entonces, según lo que Lefebvre nos comentaba que el espacio era socialmente definido, nosotros insistimos en definir al cerro como un espacio socialmente producido en los imaginarios. Los individuos han dado paso a la montaña en sus imaginarios a medida en que se ha apropiado su imagen, de modo que al hablar de ella, los entrevistados han sido completamente incapaces de pensarla objetivamente. Nadie elaboró un discurso técnico donde el Ávila fuese descrito como un cúmulo de rocas y sedimentación cubierta por una vegetación en su exterior, clasificando sus aves y señalando su diversidad botánica. No. El discurso que pudimos ver repetidamente, no fue otro que el producto de lo que se pensó subjetiva y hasta sentimentalmente de él.

Entonces, esta forma de percibir a la montaña, completamente atravesada por un relato que la legitima por encima de la ciudad, que la dota de características positivas en contraposición a las negativas de la Caracas actual llena de defecto y rechazos, contribuye a la veneración simbólica del Ávila del que se produce una plusvalía, una forma de identidad, o mejor dicho, un tótem de su identidad territorial. Es símbolo representativo del caraqueño por que trae consigo una mirada afectiva. Es ícono, como lo es una bandera, un escudo, una imagen que representa algo más de lo que físicamente es. Es por ello, por esta identidad territorial de la que aquí hablamos, que no es posible comprender los límites de la ciudad, sin las referencias de la montaña, así como tampoco es posible comprender los límites de la montaña sin la referencia de la ciudad. Se produce aquí un matrimonio perfecto, una relación dialéctica, física en tanto a su percepción, como simbólica en su idea de complementariedad. La ciudad no existe sin la montaña, su esencia perdería validez sin su presencia, sus cualidades se reducirían prácticamente a las negativas, así como también la montaña se reduciría a ser, una simple montaña, puesto que no existiría el sujeto social que la simbolice, que la reivindique, que le otorgue importancia cultural, dejándola a la reclusión de la preexistencia. En esta medida la relación entre montaña y ciudad es elemental, sus separaciones y límites se

desdibujan puesto que toda representación imaginaria de la misma da cuenta de ser un producto social. Con esto no negamos la existencia de una *naturaleza natural* que está y que vive sin un ser humano que la admire. No obstante, no parece ser el caso del Ávila, ya que es éste una *montaña humanizada y semiotizada*. Esto implicara pues, que aun cuando la montaña es autónoma, porque no se le puede controlar (aunque sí perjudicar), el modo en cómo la observamos desde nuestros balcones y miradores, es irremediamente un resultado cultural. Aunque los discursos de los informantes hagan una referencia explícita a su separación con lo elaborado físicamente por el humano, dicha separación no es más que una fiel y profunda demostración de la gran idealización del Ávila, en contraposición con lo hecho o deshecho por los moradores de lo urbano, en su ciudad. Fácilmente lo podemos constatar en las narraciones y discursos cuyas imágenes visuales y lingüísticas manifiestan la representación de una montaña que es la expresión colectiva y social de lo que se imagina de ella, de manera que, no podemos definirla como sedimento, tierra, piedras y vegetación, sino más bien como un lugar que palpita afecto, contemplación, admiración, deseo, identidad, orgullo, ensueño, recuerdos, memoria, gentilicio y pertenencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, S. (1995): Entrevistas y cuestionarios. En Aguirre, A. (Editor): *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. (p. 171-180) México D.F.: Alfaomega.
- Blanco, J. (2010): Espacio y territorio: elementos teórico-conceptuales implicados en el análisis geográfico. En Fernández, M. V. y Gurevich, R. (Coord.): *Geografía. Nuevos Temas, Nuevas Preguntas*. (p. 37-64). Buenos Aires: Biblos.

- Berger, P. y Luckman, T. (2001): *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Descola, P. y Pálsson, G. (2001): *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas antropológicas*. México D.F.: Siglo XXI.
- Eliade, M. (1998): *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Paidós.
- Enciclopedia Hispánica. (1995): *Macropedia*. Quinta edición, Volúmen 10 y 11. Kentucky.
- Foucault, M. (1968): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- García, J. L. (1976): *Antropología del Territorio*. Madrid: Taller de Ediciones Josefina Betancor.
- Geertz, C. (2003): *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Godelier, M. (1990): *Lo ideal y lo material*. Madrid: Taurus.
- Lefebvre, H. (2013): *La Producción del Espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lévi-Straus, C. (1968): *Antropología Estructural*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Lindón, A. y Hiernaux, D. (2012): *Geografías de lo Imaginario*. Iztapalapa: Anthropos.
- Negrón, M. (2015): La cambiante y compleja relación entre Caracas y el Ávila. En Ramos, M. E. (Comp.): *El Ávila en la mirada de todos*. (p. 165-180). Caracas: Playco.
- Ramos, M. E. (2015): *El Ávila en la mirada de todos*. Caracas: Playco.
- Santos, M. (2000): *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel S.A.
- Silva, A. (2006): *Imaginos Urbanos*. Bogotá: Arango.
- Taylor, S. Bogdan, S. (1994): *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Tuan, Y. (2007): *Topofilia*. España: Melusina.
- Wallerstein, I. (2006): *Abrir las ciencias sociales*. México D.F.: Siglo XXI.
- Wunenburger, J. J. (2008): *Antropología del imaginario*. Buenos Aires: Del Sol.

FUENTES ORALES

Entrevista 1 (E.1), Los Chaguaramos, 02-09-16.

Entrevista 2 (E.2), Los Chaguaramos, 02-09-16.

Entrevista 3 (E.3), Catia, 30-08-16.

Entrevista 4 (E.4), Plaza Bolívar de Caracas. 07-09-16.

Entrevista 5 (E.5), Parque Central, 07-09-16.

Entrevista 6 (E.6), La Candelaria, 06-09-16.

Entrevista 7 (E.7), Horizonte, 03-09-16.

Entrevista 8 (E.8), Los Chaguaramos, 05-09-16.

Entrevista 9 (E.8), Bello Monte, 30-08-16.

Entrevista 10 (E.10), Chacao, 30-08-16.

Entrevista 11 (E.11), Horizonte, 29-08-16.

Entrevista 12 (E.12), Los Ruices, 03-09-16.